

El siglo XXI: ¿fin de las distopías y comienzo de nuevas utopías?

LA EXPERIENCIA DEL TURBULENTO SIGLO XX YA NOS HA MOSTRADO DEMASIADO BIEN LOS PELIGROS DERIVADOS DE LOS PROGRAMAS MODERNIZADORES. LA LITERATURA DISTÓPICA NACIDA TAMBIÉN DE ESTA MISMA MODERNIDAD AMBIGUA, LUMINOSA Y TERRIBLE, TUVO LA MISIÓN DE ALERTAR SOBRE LOS DAÑOS QUE UNOS TOTALITARISMOS ANIMADOS POR CAUSAS REDENTORAS PODÍAN CAUSAR A MILLONES DE PERSONAS.

JAVIER DE NAVASCUÉS

En el lenguaje corriente la palabra “utopía” designa cualquier idea irrealizable. “Plan, doctrina o sistema deseables que parecen de muy difícil realización”, define el Diccionario de la Real Academia. La segunda acepción de la palabra, “representación imaginativa de una sociedad futura de características favorecedoras del bien humano”, tiene que ver con las tesis formuladas por Tomás Moro en su famoso libro *Utopía* en 1516. Desde entonces, el término inventado por el humanista inglés ha pasado a designar cualquier proyecto de sociedad perfecta que se basara en una serie de principios racionales. La fortuna de la obra de Moro generó en los siglos siguientes distintas obras de pensamiento que propugnaban una comunidad ideal con ciertas características comunes. Como ha señalado el gran estudioso de las utopías Fernando Aínsa, estas eran la insularidad, la autarquía, la reglamentación, la planificación urbana... Campanella, Bacon, Andreä, Harrington y tantos otros visionarios fueron postulando sociedades ficticias que se proponían como ideales para el ser humano. A partir del siglo XVI el intelectual de Occidente construye ciudades imaginarias a la vez que la Historia va ofreciendo oportunidades para la utopía. El descubrimiento y conquista de América

servió de plataforma para quienes deseaban fundar una civilización cristiana lejos de las turbulencias de Europa, desde las reducciones jesuíticas del Paraguay a la sociedad de los peregrinos del *Mayflower* en los futuros Estados Unidos.

No es casualidad que la historia del término “utopía” se asocie a un período muy concreto de la Historia. El triunfo de las ideologías políticas de la modernidad dio un impulso extraordinario al pensamiento utópico. La posibilidad de un orden más igualitario y libre sostiene los grandes discursos de las revoluciones del siglo XIX. El marxismo, más que una filosofía que pretenda conocer la realidad, se vuelca en su transformación. De la misma forma, los socialismos utópicos y el anarquismo pugnan por la destrucción del orden social y económico heredado en aras de un nuevo y más justo reparto de las riquezas. Aunque estos proyectos no cuajen de modo formal en Occidente, el discurso redentor de las masas se va a ir incorporando al escenario público. Las propias democracias liberales, nacidas también al calor de los ideales modernizadores, irán asumiendo las ideas de progreso social indefinido como un horizonte de acción necesario y factible.

Ahora bien, también a finales del siglo XIX los intelectuales empiezan a percibir las grietas del pensamiento moderno.

Aparecen entonces los primeros libros contra las utopías. Todavía hoy no es difícil darse cuenta de que el sueño de la razón y el progreso ilimitados han engendrado monstruos a lo largo del último siglo. Los totalitarismos surgidos de los anhelos utópicos han desembocado en conflictos mundiales. Después de Auschwitz han venido los gulags, Camboya, Bosnia, Ruanda. Hasta el día de hoy poblaciones completas se han visto obligadas a desplazarse por culpa de guerras sangrientas, mientras que a pocos miles de kilómetros otros países contemplan el drama desde sus pantallas. Ya no ha habido más bombas atómicas, pero cualquiera de las que existen hoy en día multiplica por más de cien el poder aniquilador de la de Hiroshima. Vistas así las cosas, los proyectos utópicos de progreso indefinido parecen haberse eclipsado, mientras la tecnología continúa su avance imperturbable.

EL NACIMIENTO DE LAS DISTOPÍAS

El triunfo de las ideologías políticas de la modernidad dio un impulso extraordinario al pensamiento utópico

Cabe preguntarse, entonces, dónde han quedado las utopías después del siglo XX. Frente a las reflexiones utópicas aparece un género nuevo, reformulación de la ciencia ficción utópica y optimista a lo Jules Verne. Hablamos de las llamadas distopías o utopías negativas. En general, se suelen considerar tres novelas fundadoras de este nuevo género: *Noso-*

tros (1924) de Eugeni Zamiatin, *Un mundo feliz* (1931) de Aldous Huxley y *1984* (1947) de George Orwell. Pero ya en la primera mitad del siglo XX se encuentran muchos otros ejemplos: *El talón de hierro* (1908) de Jack London, *La máquina se para* (1909) de E.M. Forster, la película *Metrópolis* (1927) de Fritz Lang. Muchas de estas distopías tienen una intención política, porque reaccionan contra utopías revolucionarias muy concretas, como la Revolución soviética (Zamiatin), o contra los desequilibrios aberrantes del capitalismo (London). Por eso, el arco ideológico de los autores que ven con pesimismo el futuro de la modernidad es muy variado. Incluso llega a haber distopías cristianas, como la novela *El señor del mundo* (1907) del converso Robert Benson, quien describe una futura sociedad atea en el siglo XXI con una minoría católica condenada al martirio.

Si hay algún factor que enlace todas estas primeras distopías es la crítica al optimismo positivista del siglo XIX. Ante la creencia en un progreso generalizado de la humanidad, ahora alzan la voz los escépticos que ven con preocupación los efectos de las guerras mundiales o el surgir de los totalitarismos. ¿Qué se puede esperar de este siglo XX?, se preguntan los primeros distópicos, y auguran un mundo futuro en el que los colosales proyectos de la modernidad desembocarán en sociedades deshumanizadas, asfixiantes, incapaces de resolver los problemas profundos del ser humano. En líneas generales, tres rasgos definen a la mayoría de las profecías distópicas:

- El aplastamiento de la libertad por parte de un Estado tecnocrático que se encarna en un poder anónimo e inhumano (La Máquina de Forster,

El Benefactor de Zamiatin, el Gran Hermano de Orwell, etc.).

- El avance tecnológico como aliado del Estado para sus fines de dominación.
- El miedo a la masificación y a la pérdida de la conciencia del individuo, cuyo espíritu crítico es anestesiado por los placeres materiales.

El protagonista de no pocas novelas y películas distópicas acostumbra a ser un individuo sometido al sistema que, de pronto, es consciente de la injusticia de su situación. Entonces trata de rebelarse contra el orden establecido. Al mismo tiempo, encuentra en el amor una posible salida existencial a su ausencia de felicidad. Sin embargo, al final sus intentos fracasan y termina muriendo o siendo absorbido por el sistema que ha tratado en vano de destruir. Este esquema, por ejemplo, es el de la famosa novela *1984*. En una imaginaria Oceanía, Winston Smith es un empleado del Ministerio de la Verdad cuyo trabajo es el de reescribir la historia en beneficio de la propaganda del partido gobernante. El Estado de Oceanía, que engloba a varios países reales de habla inglesa, está sujeto por la figura omnipresente del Gran Hermano, quien desde miles de telepantallas vigila permanentemente las vidas y pensamientos de los ciudadanos. Winston termina dándose cuenta de la enorme farsa en que consiste su trabajo, a la vez que se enamora de una muchacha, Julia, que también se ha desengañado de todo el sistema político. Los dos empiezan una tarea de resistencia e incluso contactan con un grupo de conspiradores. Sin embargo, esto no es más que una tapadera y son detenidos y torturados. Después de sufrir terribles pruebas, la resistencia de Winston se derrumba y es obligado a reconocer que su

sentido de la verdad no es válido. Al final, tras un durísimo lavado de cerebro que le lleva a aceptar como verdadero lo que el partido dicta, el protagonista es devuelto a la calle. Se encontrará con Julia, igualmente sometida, y ninguno reconocerá al otro.

Para el título, Orwell le dio la vuelta ingeniosamente a la fecha en la que salió su libro a la calle. La primera edición vio la luz en 1948, de modo que sus lectores podrían imaginar que todo el mundo de pesadilla que describía tendría una fecha futura de realización: 1984. A la vez el nombre de la novela se parecía, por los números empleados, al mismo año en que vivían. La profecía de un mundo sin intimidad, donde toda la información sería manejada por una casta de poderosos, era tal vez una realidad difícil de creer en 1948, aunque ya se habían dado algunos pasos. El Estado moderno, desde el siglo XIX, había desarrollado los mecanismos de control de sus ciudadanos, desde el perfeccionamiento de los censos hasta las políticas reguladoras de pertenencia (pasaportes, documentos de identificación, etc.) Durante la Guerra Fría la condena de las libertades individuales, el control de las conciencias, que era el principal foco de denuncia de Orwell, fue una de las lacras más evidentes de, al menos, uno de los bloques en pugna. Por eso, cuando llegó el *annus mirabilis* de 1984, no pocos comentaristas se preguntaron si se había llegado a la espantosa situación profetizada por Orwell.

Hoy en día esta pregunta quizá se puede hacer con más motivos. La irrupción de internet en nuestras vidas ha traído evidentes ventajas, al mismo tiempo que ha abierto las ventanas de nuestra intimidad al universo. De pronto millones de per-





sonas podemos acceder a la misma información en el mismo segundo. La técnica no sólo ha anulado las distancias, sino que ha traído una unificación del pensamiento como no se había visto desde la revolución de la imprenta. La distopía de Orwell, como tantas otras, se basa en el miedo a una política de masas, un sistema que busca que todos sientan y recuerden lo mismo. Pero además, en 1984 los recuerdos y pensamientos pueden ser manipulados a conveniencia de otros. El poder político puede convertirse en señor de las conciencias hasta tal punto que induzca a pensar y recordar cosas que no se han visto o vivido.

Cuando los ciudadanos se ven no sólo despojados de su libertad externa, como sucedía en los viejos totalitarismos, sino hasta de su conciencia, parecen romperse los rasgos de una vida auténticamente humana. Los hombres se convierten en juguetes mecánicos

a los que se les ha quitado la misma base de la conciencia libre. Los miedos de Orwell son también, por ejemplo, los de Philip K. Dick, cuya novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* (1968) dio lugar al film *Blade Runner*. En la película, como se recordará, un cazador de recompensas (Harrison Ford en el papel de su vida) tiene la misión de matar a un puñado de androides en medio de una sociedad deshumanizada. Estos androides son réplicas perfectas de seres humanos a los que, durante su proceso de fabricación, se les ha introducido una colección de recuerdos falsos haciéndoles creer que han tenido una vida “humana”. El sentido de su existencia, por llamarlo así, es hacer trabajos de riesgo que los humanos no desean hacer. Pero todos ellos tienen una fecha de “caducidad”. El cazador de recompensas debe, pues, localizar y asesinar a unos cuantos de ellos que se han negado a aceptar su

|||||||

Cuando los ciudadanos se ven no sólo despojados de su libertad externa, como sucedía en los viejos totalitarismos, sino hasta de su conciencia, parecen romperse los rasgos de una vida auténticamente humana

destino. Una de las cuestiones más inquietantes dentro del futuro imaginado por Dick es el hecho de que los androides tengan recuerdos impostados que les hacen creer que son humanos cuando no lo son. El principal rival del detective es el androide de combate Batty: aparenta ser un hombre joven y fuerte cuando en realidad sólo tiene cuatro años. Esta diferencia entre la apariencia y la realidad, entre la verdad y la mentira, ha sido creada por la ciencia y genera, sin embargo, nuevos interrogantes para quien quiera hacérselos. La terrible pregunta que se hace el mismo protagonista es si sus propios recuerdos no habrán sido también reproducciones implantadas desde fuera, si él mismo no será también un androide.

CULTURA POPULAR Y POSTHUMANISMO

Los productos de la cultura popular (cómic, videojuegos, series de TV, etc.) suelen ir por detrás de aquellos otros que se generan en el seno de la cultura de las élites: arte, literatura, filosofía. Sin embargo, no por ello la cultura de masas es menos reveladora del estado de cosas, ni de cuánto han llegado a calar ciertas predicciones debatidas en los minoritarios círculos intelectuales. El cómic manga *Ghost in a Shell*, por ejemplo, ya se localiza en una sociedad futura en la que el perfeccionamiento de la inteligencia artificial borra los límites entre los seres humanos y las máquinas. La historia, que ha dado lugar a secuelas cinematográficas y videojuegos, da por hecho que la sociedad humana sufrirá transformaciones inevitables y que la tecnología determinará el futuro de la especie. ¿Estamos llegando ya al estado distópico? El peligro de las distopías, aquello que indicaban con alarma algunos escritores de principios del

siglo XX, no era tanto el progreso científico y tecnológico como la fascinación hipnótica que ejercía en la humanidad. Las señales funestas llegan cuando los seres humanos se sienten cómodos y felices en un orden político gobernado por la tecnología. En otras palabras, una pista de que la distopía se puede estar instalando de verdad es el hecho de que se banalice su mensaje. En este sentido, la civilización postcapitalista actual, con sus consignas del éxito y consumo rápido, es un caldo de cultivo especialmente adecuado. Pensemos, por ejemplo, en el célebre programa televisivo *Gran Hermano*, basado en la libre participación de unos cuantos ciudadanos que se someten dichosamente al espionaje de su vida íntima, encerrados en una vivienda que opera como auténtica burbuja distópica. El término que da sentido a este programa, cuyo formato se ha exportado a setenta países, no es otro que un homenaje al *Big Brother* de Orwell, liberado, eso sí, de todas sus connotaciones siniestras. El Gran Hermano ya no es una instancia tenebrosa sino un pretexto para la diversión. Desde los parámetros del concurso, los participantes eligen ser objeto de la mirada de los telespectadores y, sólo por permanecer más tiempo en “La Casa”, aceptan que su intimidad se convierta en espectáculo. Ser espiado las veinticuatro horas del día ahora vale la pena, no como en la novela de Orwell.

En otro orden de cosas, más serio pero no menos inquietante, Yuval Noah Harari escribe su ensayo *Homo deus*, un *best seller* que podría describirse como una macedonia visionaria de positivismo, literatura distópica, neofascismo y panfleto ecologista cibernético. La tesis fundamental de Harari es que en el futuro nadie



se molestará en comprender la realidad. Una cultura de los datos, el dataísmo, gobernará el mundo. Para explicar mejor la diferencia entre los dos modos de conocimiento, el de la cultura humanista del pasado y la mentalidad dataísta del futuro, Harari recurre al siguiente ejemplo. Si un humanista ve un elefante, se pregunta: “¿qué siento?”. El hombre dataísta, por el contrario, no se preguntará por sus reacciones, sino que sacará su móvil, hará una foto al animal, la subirá a su red social y luego se dedicará a verificar cuántas personas lo han visto y a cuántas les ha gustado. La nueva civilización, que ya está aquí, no se pregunta por sus sentimientos o por cómo debe

cambiar el mundo, sino por compartir información de forma permanente. La consecuencia última de esta actitud mundial será la creación de un fondo en internet tan poderoso que pueda procesar toda la información que produzca el hombre. Cuando llegue ese momento, la especie humana desaparecerá. A través de una rápida explicación sobre la historia de la humanidad (paradójicamente 450 páginas son pocas, sobre todo para quien cree tanto en los datos), Harari critica la creencia de la superioridad de la raza humana sobre el resto de los seres animales, que ha llevado a numerosas catástrofes ecológicas. Ahora bien, justamente el huma-

nismo que ha propiciado toda esa terrible deriva de la historia, ha generado también una civilización marcada por la inteligencia artificial. En el futuro, que valorará por encima de todo la información antes que la sabiduría, los seres humanos serán gestionados por algoritmos. Una pequeña élite económica accederá a las mejoras genéticas y los tratamientos médicos, mientras que la mayoría, convertida en casta inferior, disfrutará de los bienes de consumo que le provea el Estado. Lo que distingue a *Homo Deus* de otros libros sobre el porvenir no es el título, que sintetiza ingenuamente a Nietzsche. En realidad, lo que llama la atención es la complacencia con que se analizan situaciones que ya habían sido previstas con amargura por Huxley, Bradbury, Zamiatin o Dick. El algoritmo “tomará por nosotros la mayoría de las decisiones importantes... y nosotros estaremos encantados de que lo haga”. La conclusión es clara: bienvenidos al algoritmo, bienvenidos al paraíso de los datos.

¿UNA UTOPIA CIBERNÉTICA?

Reflexiones como las que plantea el autor de *Homo deus* nos dejan con la idea, mucho menos extraña de lo que debería pensarse, de una futura opinión dominante en la que la manipulación genética de los seres humanos sea perfectamente asumible si con ello se consigue una mejora en el bienestar del individuo. La cibernética ha formado un nuevo paradigma de ser humano para las corrientes denominadas posthumanistas y/o transhumanistas. La integración hombre-máquina, nos dicen, ha sido posible gracias al avance vertiginoso de los adelantos tecnológicos, y estos permitirán al ser humano superar su precaria identidad y avanzar hacia un estadio

superior de la existencia en el que la sociedad no conocerá límites. La razón y la conciencia del sujeto se trascenderán en función de instancias superiores, como la máquina, el *ciborg*, el ser híbrido. Pese a su presentación furiosamente ultramoderna, no es aventurado suponer en todas estas ideas un ingrediente utópico que sabe a añejo. Una de las características del Estado utópico imaginado por Tomás Moro es que prácticamente todos sus habitantes habían asumido las bondades del sistema y eran felices en él sin mayores reflexiones.

Así las cosas, cabe hacerse, en cambio, algunas preguntas. ¿Y si la pesadilla distópica se vuelve utópica? ¿Y si llegamos a desear que nuestra humanidad se vuelva insensible al valor de la conciencia a cambio de una complacencia material? ¿Y si no nos importa que unos extraños conozcan y dominen por completo nuestros intereses? ¿No tendrá sentido la búsqueda de la verdad de las cosas, si lo verdadero depende de instancias que construyen lo que es política y socialmente aceptable? El ser humano, dice George Steiner, no es sólo *homo sapiens* sino también *homo quaerens*, es decir, alguien que se hace preguntas. Para los nuevos utopistas de la cibernética, las preguntas ya estarán resueltas por los robots. El problema es que estos suministradores de verdades habrán sido en última instancia programados por humanos. Incluso cuando presuntamente el robot haya empezado a procesar información por su propia cuenta, su primer motor habrá sido humano. La historia de los últimos siglos ha demostrado que un profundo adelanto científico, cuando es llevado a la práctica, no es ideológicamente neutral sino que trae consecuencias en

|||||||||||||||||
El peligro de las distopías, aquello que indicaban con alarma algunos escritores de principios del siglo XX, no era tanto el progreso científico y tecnológico como la fascinación hipnótica que ejercía en la humanidad

la vida cotidiana y en nuestro modo de relacionarnos y conocer la realidad. Es difícil no pensar que en este hipotético proceso hacia la hegemonía robótica no haya una responsabilidad que no tenga una utopía antihumanista detrás, propiciada por una civilización dispuesta a suicidarse alegremente.

Las oscuras distopías del siglo XX tuvieron el valor de introducir el espíritu crítico, tan humanista, por cierto, frente a la ilusión del eterno crecimiento social y moral de la humanidad. A la vez, por supuesto, la necesidad de la sátira contrautópica no anula la fuerza de los sueños. No es posible mejorar sin el deseo de hacerlo, sin contar con un proyecto animado por el ideal y el riesgo. Hoy en día sigue siendo necesario el reclamo de un futuro mejor para las nuevas generaciones. Utopía y desencanto, como diría Claudio Magris, deberían ser dos impulsos complementarios.

Sin embargo, la experiencia del turbulento siglo XX ya nos ha mostrado demasiado bien los peligros derivados de los programas modernizadores. La literatura distópica, nacida también de esta misma modernidad ambigua, luminosa y terrible, tuvo la misión de alertar sobre los daños que unos totalitarismos animados por causas redentoras podían causar a millones de personas. Hoy en día, las ideologías del siglo XXI, si se puede llamar tales a las corrientes de pensamiento que entregan el testigo a una ciencia despojada de reflexión sobre el ser humano en cuanto tal, no tienen en cuenta que parecen repetir los clichés de las utopías más inquietantes. A lo mejor una relectura de las distopías del pasado siglo empieza a volverse urgente.